

El canto inédito

Por primera vez llega a la Argentina, envasada en un disco comercial, la obra renovadora del alemán Karlheinz Stockhausen (39, caso), explorador incansable de la música electrónica: *Canto de los adolescentes* (1955), *Kontakte* (1960), constituyen una ajustada selección para adentrarse en estos laberintos, cuyos antecedentes más inmediatos se remontan al francés Olivier Messiaen, el reivindicador de las voces olvidadas del mundo (ha registrado, para utilizarlos en sus composiciones, más de 2 mil distintos cantos de pájaros).



Karlheinz Stockhausen.

Stockhausen es discípulo de Messiaen y, desde el laboratorio de la Radio de Colonia, investiga y experimenta apasionadamente los hallazgos iniciales de la música electrónica: "Ritmos y timbres que no participan más de los ritmos y timbres humanos —anota el crítico rumano Antoine Golea—, que no solamente no tienen nada que ver con los dados tradicionalmente en la música occidental, sino que hoy, incluso, deliberadamente del vasto dominio de los ritmos y timbres del propio mundo sensible".

Junto con su gran amigo, el francés Pierre Boulez (42), condiscípulo en la cátedra de Messiaen en el Conservatorio de París, Stockhausen representa la pieza maestra de las andanzas que, desde el fin de la Segunda Guerra Mundial hasta hoy, vaticinan un cambio arrasador no sólo en los sistemas de la música sino también en el criterio para encararla y en el concepto que de ella ha de tenerse. El cohete que elevó a estos dos astronautas sonoros estaba dividido en dos secciones: la primera acumula los hallazgos del

austríaco Anton von Webern (que, sin llegar a conocer el campo electrónico, lo avizoró, al agotar con genio las posibilidades seriales de los 12 sonidos de la escala), y la segunda fue piloteada por Messiaen.

Es a partir de una obra para piano de este último, *Mode de valeurs et d'intensités* (revelada en Darmstadt, en 1951), que levanta vuelo Stockhausen, al

estrenar *Kreuzspiel*, para oboe, clarinete bajo, piano y percusión. Le suceden *Spiel*, para orquesta y cuarteto de percusión; *Klavierstücke* (con hallazgos inéditos para la ejecución pianística); *Kontakte*, para 10 instrumentos, por primera vez ejecutada en 1960, en el Festival de Colonia. La obra exige una combinación insólita: cuatro bandas fonomagnéticas y la participación de piano y percusión.

Canto de los adolescentes no es menos extravagante: su parafernalia requiere cinco grupos de altoparlantes, distribuidos en distintos lugares de la sala, y por eso la obra no puede transmitirse por radio ni grabarse por el sistema monoaural. Tan sólo la estereofonía permite rescatarla y difundirla macizamente.

Huérano de guerra, Stockhausen atravesó una niñez difícil: trabajó en un hospital y en el campo, como peón. Pero nada le impidió seguir el bachillerato, estudiar música y filosofía, musicología y filología, en la Universidad de Colonia. Asombrosamente, es un serialista que no se repite y que no conoce límites: una de sus últimas creaciones, *Karrée*, exige cuatro orquestas sinfónicas y cuatro coros. Ni Berlioz ni Mahler llegaron tan lejos (D.G.G. 138 811 SLPM Stereo). ♦

RECORDS

CLASICOS

Stabat Mater, de Rossini, por la Filarmónica de Nueva York, dirigida por Thomas Schippers (CBS).

La Mer; Iberia, de Debussy; *Psyche et Eros*, de César Franck, por Arturo Toscanini y la N.B.C. Symphony Orchestra (RCA).

L'Estro Armónico, Opus 3, de Vivaldi, por la Orquesta de Cámara de la Opera del Estado de Viena, dirigida por Mario Rossi (D.M.).

JAZZ

Nos gusta el dixiland, por Eddie Condon y Sydney Bechet (Trova).

El retorno de Lu Watters Jazz Band (Dial).

The Modern Jazz Quartet ejecuta la música de Porgy and Bess de George Gershwin (Philips).

MISCELANEA

La historia del tango. Epoca romántica, por Astor Piazzolla y su gran orquesta (Polydor).

Taquirari, por Jaime Torres (Philips).

"Sensaciones", por Sandy Nelson (Liberty).

• Casas consultadas: *Broadway, Centro Cultural del Disco, Club Internacional del Disco, Disqueria Ecco, Ricordi, Romero & Fernández y Selecciones Danny*. ♦

El Cardenal mezquino

Dos conciertos para piano y orquesta, de Wolfgang Amadeus Mozart — El Príncipe Arzobispo de Salzburgo, Cardenal Hieronymus, "era uno de esos hombres inteligentes, de naturaleza mezquina, que carecen de instinto, pero que se dejan impresionar siempre por lo exterior", anota un biógrafo. Por eso, cuando vio a Mozart, "con su figura delgada y su aspecto de adolescente", al Cardenal le hizo mala impresión y lo mandó a comer a la cocina de servicio, con postillones y cocheros. Hacia 1777 —Mozart tenía 21 años—, la situación se había vuelto intolerable, y el compositor envió a Hieronymus una carta de renuncia a su cargo de músico de la Corte episcopal: "Los mayores no escatiman ningún esfuerzo para que los menores se ganen su pan, y de esto son responsables ante sí mismos y ante el Estado. Cuanto más talento hayan recibido de Dios los hijos, tanto más obligados están a emplearlo en mejorar la situación de sus padres, en socorrerlos y en mirar por el propio desarrollo y porvenir. Así nos lo enseña el Evangelio".

El Cardenal pensó que un chiquilín no era quién para venir a enseñarle el Evangelio, y se enfureció al recibir esas líneas. Todo venía porque Wolfgang había pedido permiso para hacer una gira europea —único medio que veía para enjugar el déficit padecido por él y su padre. Leopoldo—, y Hieronymus se lo había negado. "Su Gracia ha perdido a un gran ejecutante. Es un compositor de primera fila", se atrevió a advertir el Conde Firmian; pero no tuvo éxito y nadie lo secundó para retener a Mozart en su ciudad natal.

En aquel mismo año, el renunciante escribía cuatro conciertos para piano: uno en febrero, dos en marzo y otro en abril, en medio de una cascada de obras de otros géneros y formas. El primer concierto nació del paso por Salzburgo de una pianista francesa, insólitamente llamada Jeunehomme, célebre en su tiempo, al parecer mercedamente. Ella le encargó a Mozart una pieza para su repertorio, que es la registrada en la faz 1 de este disco, en 1966, por Los Solistas de Zagreb, guiados por Antonio Janigro, con el solista Alfred Brendel. Es una versión respetable, cuidada del intrincado estilo mozartiano, pero que no empaña, ni se acerca, a la prodigiosa de Clara Haskill, que Buenos Aires ya conoce en grabación.

La otra faz entrega otro concierto, también en Mi bemol mayor (tonalidad que Mozart utilizó tres veces en su racimo de 30 obras para piano y orquesta), escrito siete años después de su carta a Hieronymus. El nivel de Brendel y las huestes de Janigro se mantiene invariable, como garantía de óptima calidad artesanal.

Sin embargo, es la primera de las composiciones la que, sobre todo, retiene la atención del oyente. Aunque todavía con resabios de una superficial manera galante, la entrada del solista, llena de sorpresa e invención, es uno de los descubrimientos que reserva la partitura (CID 9189 estéreo). ♦